

munion del amor ecsiste siempre; el nombre de todos los seres que he conocido, que he amado y que me han amado, pasó de mis labios sobre la losa del Santo Sepulcro. Solo despues oré por mí; mi oracion fué ardiente y grave; pedí verdad y valor delante de la sepultura del que mas verdad reveló al mundo, y murió con mas valor por aquella verdad de la que Dios le habia hecho el Verbo: siempre me acordaré de las palabras que murmuré en aquella hora de crisis para mi vida moral. Aca-so mi plegaria fué atendida: una gran luz de razon y de conviccion se derramó en mi inteligencia y separó mas claramente el dia de la noche, los errores de las verdades: hay momentos en que los pensamientos del hombre, largo tiempo vagos y dudosos, flotantes como las olas sin cauce, acaban por llegar á una playa donde se estrellan y vuelven sobre sí mismos con formas nuevas y una corriente contraria á la que los impulsó hasta entonces; aquel fué para mí uno de estos momentos: el que sondea los pensamientos y los corazones lo sabe y tal vez lo comprenderé yo mismo algun dia. Aquel fné un misterio en mi vida, que se revelará con el tiempo.

La misma fecha.

Al salir de la iglesia del Santo Sepulcro, seguimos la via dolorosa, de la que M. de Chateaubriand ha dado un itinerario tan poético. Nada hay en ella que hiera la mente, nada que pueda probarse; nada verosimil;—solo se ven en ella construcciones modernas que los frailes dan á los peregrinos por incontestables vestigios de las varias paradas de Cristo. No siquiera puede quedar una duda, y toda confianza en aquellas tradiciones locales queda destruida de antemano por la historia de los primeros años del cristianismo, en que Jerusalem no conservó piedra sobre piedra, en que los cristianos fueron luego desterrados de la ciudad por muchos años. Jerusalem, à escepcion de sus piscinas y de las sepulturas de los reyes, no conserva ningun monumento de ninguna de aquellas grandes épocas; algunos puntos son solamente reconocibles, como el solar del templo, dibujado por sus terrados, y donde se alza hoy la inmensa y hermosa mezquita de Omar-el-Sakara; el monte de Sion ocupado por el convento de los armenios y la sepultura de David, aun todavia es muy difícil determinar con certeza estos puntos. Salvo las tapias de los terrados sobre el valle de Josafat, nin-



guna piedra manifiesta su fecha en su forma y en su color; todo es polvo ó todo es moderno. La mente vaga incierta por el horizonte de la ciudad, sin saber donde posarse; pero la ciudad toda entera, dibujada por la colina circunscrita que la sostiene, por los diferentes valles que la circundan, y sobre todo por el profundo valle del Cedron, es un monumento en que no puede engañarse la vista; allí seguramente estaba situada Sion,—extraño y desgraciado asiento para la capital de un gran pueblo;—es mas bien la fortaleza natural de un pequeño pueblo, arrojado de la tierra, y refugiándose con su templo en un suelo que nadie tiene intereses en disputarle,—sobre rocas que ningun camino puede hacer accesibles, en valles sin agua, en clima áspero y estéril; sin mas horizonte que las montañas calcinadas por el fuego interno de los volcanes, las montañas de Arabia y de Jericó, y un mar corrupto, sin playas y sin navegacion: ¡el mar Muerto!

Tal es la Judea, tal es la patria de ese pueblo cuyo destino es estar proscrito en todas las épocas de su historia, y á quien las naciones han disputado hasta esa capital de sus proscripciones, colocada, como un nido de águila en la cima de ese grupo de montañas; y sin embargo, aquel pueblo llevaba consigo la grande idea de la unidad de Dios, y lo que habia de verdad en esta idea elemental

bastaba para separarle de los otros pueblos, y para hacerle mirar con orgullo sus proscripciones, y con confianza sus doctrinas providenciales.

La misma fecha.

Despues de haber recorrido los diferentes barrios de esta ciudad, todos tan desnudos, tan miserables, tan desmantelados como los que atravesamos al entrar, bajamos por el lado de la famosa mezquita que ocupa el solar del templo de Salomon. El gobernador de Jerusalem tiene su serrallo en un edificio contiguo á las tapias y á los jardines de la mezquita. Fuimos á hacerle una visita de gratitud. El patio del serrallo estaba rodeado de calabozos enrejados, donde vimos algunas caras de bandidos de Jericó y de Samaria, que aguardaban su libertad ó el sable del bajá. Ginetes tendidos al pié de sus caballos, jeques del desierto y árabes de Naplusa estaban agrupados aquí y allí en las escaleras ó bajo los sotechados aguardando la hora del divan. El gobernador, al saber nuestra llegada, nos envió su hijo para decirnos que subiéramos: este, mozo de unos treinta años, es el mas hermoso de los árabes, y acaso de los hombres que he visto en mi vida:—la fuerza, la gracia, la inteligencia y la dulzura están mez-



eladas y como fundidas, con tal armonía en sus facciones, y brillan á la vez en su ojo azul con una evidencia tan activa, que todos quedamos atónitos á su aspecto.

Es un samaritano; el gobernador de Jerusalem, su padre, es el árabe mas poderoso de Naplusa. Perseguido por Abdalla, bajá de Acre, y muchas veces en guerra con él, durante el dominio de los turcos, habia tenido que refugiarse, con su familia, en las montañas al otro lado del mar Muerto; la victoria de Ibrahim-Bajá sobre Abdalla le habia permitido volver á su patria, en la que encontró de nuevo sus riquezas y su influencia; echó del pais á sus enemigos, y el bajá de Egipto para suplir la influencia de sus tropas egipcias en Judea, le confió el gobierno de Samaria y de Jerusalem. No tenia mas tropas que algunos centenares de ginetes de su tribu, con ayuda de los cuales conserva el órden y el dominio de Ibrahim, sobre todas las poblaciones circunvecinas. Entramos en el divan, gran sala sin mas ornato que algunas alfombras sobre esteras, pipas y tazas de café por el suelo. El gobernador, rodeado de un gran número de esclavos, de árabes armados y de algunos secretarios de rodillas, escribiendo sobre sus manos; estaba ocupado en administrar justicia y despachar sus órdenes. Levantóse al acercarnos y nos salió al encuentro; hizo quitar del divan las

alfombras, espuestas á comunicar la peste, y les hizo sustituir esteras de Egipto que no la pegan. Sentámonos y nos presentaron las pipas y el café: mi dragoman le hizo en mi nombre los cumplimientos de costumbre, y yo mismo le dí las gracias por todos los cuidados que se habia servido tomarse por unos extranjeros, que como nosotros, visitasen sin peligro los lugares consagrados por su religion. Respondió con amable sonrisa que no hacia en ello mas que cumplir su deber; que los amigos de Ibrahim eran sus amigos, que respodia del último pelo de sus cabezas; que estaba pronto, no solo á hacer por mí lo que habia hecho, mas tambien á salir en persona con sus tropas, si yo se lo mandaba; y á acompañarme á donde quiera que ó mi curiosidad ó mi religion me inspirasen deseo de ir, en los límites de su gobierno; que tal era la órden del bajá. En seguida se informó de nosotros, de las noticias de la guerra y de la parte que las potencias de Europa tomaban por la fortuna de Ibrahim. Respondíle de un modo que satisfizo sus secretos pensamientos; que la Europa admiraba en Ibrahim-Bajá un conquistador civilizador; que, bajo este concepto, se interesaba por sus victorias; que ya era tiempo de que el Oriente participase de los beneficios de una administracion mejor; que el bajá de Egipto era el misionero armado de la civilizacion europea en Arabia; que su valor y la táctica que habia tomado de nosotros, le daban la seguridad d



vencer al gran-visir, que segun todas las apariencias, alcanzaria allí una gran victoria y marcharia sobre Consiantinopla; que no entraria en ella, porque los europeos no se lo permitirian aún; pero que ajustaria la paz con su mediacion, y conservaria la Arabia y la Siria en soberanía permanente. Esto era lo que le importaba al antiguo rebelde de Naplusa; bebia con los ojos mis palabras, y su hijo y sus amigos inclinaban sus cabezas sobre la mía para no perder una sola sílaba de aquella conversacion, que era para ellos el agüero de una larga y pacífica dominacion en Samaria. Cuando ví al gobernador tan bien dispuesto, le manifesté el deseo, no de entrar en la mezquita de Omar, pues sabia yo que semejante paso hubiera sido contrario á las costumbres del pais, sino de contemplarla por fuera.

Si vd. lo esige, me respondió, todo se le abrirá; pero me espondria á irritar profundamente á los musulmanes de la ciudad: todavía son muy ignorantes:—creen que la presencia de un cristiano en el recinto de la mezquita, les haria correr graves peligros, porque hay una profecía que dice: que todo lo que un cristiano pidiese á Dios en el interior de El-Sakara, lo obtendria,—y no les cabe duda de que un cristiano pediria la ruina de la religion del profeta y el esterminio de los musulmanes.

Yo por mí, añadió, no creo palabra de eso: todos los hombres son hermanos, aunque adoran, cada uno en su lengua, al Padre comun, que nada da á los unos á espensas de los otros; hace brillar su sol sobre los adoradores de todos los profetas; los hombres no saben nada, pero Dios lo sabe todo, Alá-Kerim, ¡Dios es grande! é inclinó la cabeza sonriendo. Libreme Dios, le dije, de abusar de la hospitalidad de vdes., y de esponerle por satisfacer una vana curiosidad de viagero! Si yo estuviera en la mezquita de El-Sakara, no pediria á Dios el esterminio de ningun pueblo, sino la ilustracion y la felicidad de todos los hijos de Alá. Dicho esto nos levantamos; llevónos por un corredor á una ventana de su serrallo, que daba vistas sobre los patios exteriores de la mezquita. No pudimos abarcar su conjunto tan bien desde aquel sitio como desde lo alto del monte de los Olivos; no vimos mas que las paredes de la cúpula, algunos pórticos morunos de la mas elegante arquitectura, y la cima de los cipreses que crecen en los jardines interiores. Despedíme del gobernador, anunciándole que mi proyecto era pasar ocho ó diez días, acampado en las cercanías de la ciudad, y partir al dia siguiente para ir al mar Muerto, al Jordan, á Jericó, y hasta al pié de las montañas de la Arabia Petrea; que volveria á entrar varias veces en el recinto de Jerusalem, y que solo tenia que pedirle el número de ginetes suficiente para



nuestra seguridad en las diferentes escursiones que nos proponiamos hacer por Judea. Salimos de Jerusalem por la misma puerta de Belen, junto à la cual estaban levantadas nuestras tiendas aquel dia, y acabamos de visitar, por la tarde, todos los sitios notables ó consagrados al rededor de los muros de la ciudad.

La misma fecha.

Pasamos la tarde recorriendo las cuevas que se estienden al sud de Jerusalem, entre la sepultura de David y el valle de Josafat: estas cuevas son el único lado de la ciudad que presenta la apariencia de un poco de vegetacion. Al ponerse el sol, me siento en frente del collado de los Olivos, á cuatrocientos ó quinientos pasos encima de la fuente de Siloe, poco mas ó menos donde estaban los jardines de David: Josafat está á mis pies, las altas paredes de los terrados del templo están un poco encima de mí á mi izquierda: veo las cimas de los hermosos cipreses que alzan sus copas piramidales por cima de los pórticos de la mezquita El-Aksa, y las cúpulas de los naranjos que cubren la hermosa fuente del templo llamada la Fuente del Naranja.

Esta fuente me recuerda una de las mas delicio-

sas tradiciones orientales inventadas, trasmitidas ó conservadas por los árabes:—veamos como cuentan que eligió Salomon el lugar de la mezquita:

“Jerusalem era un campo labrado: dos hermanos poseian la parte de terreno donde se alza ahora el templo; uno de aquellos hermanos era casado y tenia muchos hijos; el otro vivia solo: cultivaban juntos la tierra que habian heredado de su madre, y llegado que hubo la época de la siega, los dos hermanos ataron sus gavillas é hicieron con ellas dos montones iguales que dejaron en la era. Por la noche, el hermano soltero tuvo un buen pensamiento, y se dijo à sí mismo:—Mi hermano tiene muger é hijos que mantener, no es justo que mi porcion sea tan crecida como la suya; ea, cojamos en mi monton algunas gavillas que añadiré en secreto á las suyas; él no lo conocerá y no podrá rehusarlas. Y lo hizo como lo habia pensado. La misma noche, el otro hermano se despertó y dijo á su muger:—Mi hermano es mozo, vive solo y sin compañera, no tiene quien le asista en su trabajo y le consuele en sus afanes, y no es justo que tomemos del campo comun tantas gavillas como él, levantémonos y llevemos secretamente á su monton cierto número de gavillas; él no lo conocerá mañana y así no podrá rehusarlas. Y lo hicieron como lo habian pensado. Al dia siguiente, ambos hermanos acudieron á la era y quedaron muy sor-



prendidos de ver que los dos montones eran siempre iguales; ni uno ni otro podia explicarse interiormente aquel prodigio; lo mismo hicieron muchas noches seguidas, pero como cada cual llevaba al monton de su hermano el mismo número de gavillas, los montones eran siempre iguales, hasta que una noche, habiéndose puesto ambos en acecho para averiguar la causa de aquel milagro, se encontraron llevando uno y otro las gavillas que mutuamente se destinaban.

“Ahora bien, el lugar en que un pensamiento tan bueno se les ocurrió al mismo tiempo y con tanta perseverancia á dos hombres, debia ser un sitio agradable á Dios, y los hombres le bendijeron y le eligieron para edificar en él la casa del Señor.”

¡Qué encantadora tradicion! ¡cómo respira la candorosa bondad de las costumbres patriarcales! ¡cuán sencilla, antigua y natural es la inspiracion de consagrar á Dios un sitio donde la virtud ha germinado sobre la tierra! Centenares de leyendas de esta naturaleza he oido entre los árabes: en todas las partes de este Oriente se respira el aire de la Biblia.

El aspecto del valle de Josafat es conforme al destino que le asignan las ideas cristianas. Se parece á una vasta sepultura, demasiado estrecha sin embargo para las olas del linage humano que

en ella deben acumularse. Dominado por todos lados por monumentos fúnebres: encajonado en su estremidad meridional en el peñasco de Siloé, todo acribillado de hoyas sepulcrales como una colmena de la muerte, tiene de trecho en trecho por columnas tumulares las sepulturas de Josafat y la de Absalon, labradas piramidalmente en la peña viva, y sombreadas á un lado por las negras colinas del monte de las Ofensas, al otro por las paredes del templo derruido:—aquel fué un sitio naturalmente impregnado de un santo horror, destinado desde temprano á ser las gemonias de una gran ciudad, y donde la imaginacion de los profetas debió colocar sin esfuerzo las escenas de muerte, de resurreccion y de juicio. Generalmente nos figuramos el valle de Josafat como un vasto encajonamiento de montañas donde el Cedron, ancho y negro torrente de lúgubres aguas, gira con lamentables murmullos; donde anchas gargantas, abiertas sobre los cuatro vientos, se ensanchan para dejar pasar los cuatro torrentes de los muertos que vendrán del oriente y del occidente, del septentrion y del mediodia; donde las inmensas gradas de las colinas se dilatan en anfiteatro para dar cabida á los innumerables hijos de Adan, acudiendo á asistir, cada uno por su parte, al desenlace final del gran drama de la humanidad:—nada de esto es esacto. El valle de Josafat no es mas que un foso natural abierto entre dos collados de unos